

Roberto Casati y Achille Varzi

39 (simples)
cuentos filosóficos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Semplicità insormontabili: 39 storie filosofiche*

Traductora: Pepa Linares

Primera edición: 2007

Segunda edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2004, Gius. Laterza & Figli. All rights reserved

© de la traducción: Josefa Linares de la Puerta, 2007

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-570-9

Depósito legal: M. 12.814-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Uno
- 13 La habitación 88
- 17 A propósito de un proyecto inútil
- 21 El artista de joven
- 26 La cadena que conduce a la portería

- 31 Dos
- 33 Somnífero Zombi, S. A.
- 38 Amnesia parcial
- 43 Trasplante de persona
- 49 Los sabores del helado

- 55 Tres
- 57 El juego de la lotería en la ciudad de Alrevés
- 62 Los números de la suerte
- 67 El desorden invisible

- 73 Cuatro
- 75 Misiva sobre el tiempo desde Valle Final
- 80 Burbujas
- 85 Fechas de nacimiento

- 89 La Isla de las Cuatro Estaciones
93 Un viaje cancelado
99 *Hic sunt leones*
104 Reflexiones
- 109 Cinco
111 El último caso del Presidente de las Amebas
117 La estatua oculta
123 Un aparador por piezas
129 El monitor Holter
135 La fila trece
139 El tren suprimido
145 Los nuevos satélites
- 151 Seis
153 Al pie de la letra
157 El diccionario inteligente
162 Pictolibro para turistas
168 Rastros de tinta
- 173 Siete
175 Elección obligada
179 ¿Qué quiere la mayoría?
183 La regla número uno
- 187 Ocho
189 Recompensa a los terceros
194 Efecto placebo
199 ¡Interesante!

- 206 La autorreferencia se explica por sí misma
213 Una visita imprevisible
219 La tarta embrujada
- 223 Colofón
225 El ácido universal
- 229 Apostilla

No podemos garantizar la veracidad de las historias que vienen a continuación. No obstante, y dado que podrían ser verdaderas, invitamos al Lector a reflexionar sobre el sentido de tal posibilidad. En caso de que llegara a la conclusión de que no es así o de que alguna, además de carecer del don de la Veracidad, carece también del don de la Posibilidad, estaríamos dispuestos a retractarnos. Por el momento pasamos sin más preámbulos a introducir el capítulo

UNO

donde un primer personaje abandona la escena tras resolver a su modo un enigma paralizante sobre el Porqué de las cosas y de la Libertad humana; donde se abordan algunos notables problemas metafísicos vinculados a la Causa y al Tiempo o se formulan ciertas preguntas no menos importantes, por ejemplo, si es razonable construir una máquina para viajar al Pasado y si el hecho de viajar al Pasado produce cambios en el Presente; y donde finalmente los dos personajes principales entran en escena para proponer una modificación indiscutible en los principios de la Tabla de Goleadores.

La habitación 88

«¿Laura? Hola, soy yo. Acabo de llegar. Te llamo luego con más calma, cuando vuelvas del trabajo. Ahora sólo dejo un mensaje para que sepas que el viaje ha ido bien y que el hotel es más que decente. La habitación es grande, con mucha luz. La única pega es que los sonidos retumban un poco (oigo el eco de mi propia voz), ¡qué se le va a hacer! Voy a tomar una ducha antes de salir a dar una vuelta para conocer los alrededores. Viniendo de la estación he visto el parque y la playa abierta al océano.»

«Hola, Laura, soy yo otra vez. Deberías ver el espejo de esta habitación. Enorme. Ocupa toda una pared, justo enfrente de la ventana, y da la impresión de que el espacio es mayor y más luminoso. ¿No pensabas redecorar así el estudio? Pues tengo que decirte que me parece una idea estupenda, porque la habitación parece *de verdad* el doble. Luego lo comentamos.»

«Laura, pero ¿dónde estás? ¿Has oído mis mensajes? Todavía no he salido; me parece mejor descansar antes un poco. Es absolutamente increíble; tendrías que verlo. Me pregunto cómo lo habrán introducido en la habitación, porque por la puerta no entra. Puede que lo hayan montado *antes* de terminar las otras paredes. Está pegado a la pared, sin sujeciones, y la superficie es de una nitidez perfecta, sin una mota de polvo. Las imágenes son tan claras que parecen auténticas. ¿Crees que encontraremos nosotros algo parecido? Por favor, llámame en cuanto llegues.»

«Perdona; otra vez yo. Espero no atascarte el contestador, pero es que no consigo echar una cabezada porque el espejo me inquieta. Lo he observado mucho de cerca y es sencillamente perfecto. Más aún, lo he tocado y no quedan huellas de ningún tipo. Por lo general, cuando tocas una superficie de cristal, dejas un rastro, ¿no? Sin embargo, en este caso es como si no lo hubiera ni rozado. ¿De qué estará hecho? Te confieso que hasta he intentado rayarlo, sin resultado. Otra cosa rara es que no se pueda escribir en su superficie. He probado con un rotulador indeleble grueso. ¡No ocurre nada!»

«Hola, ¿Laura? Ahora dirás que estoy loco, pero comienzo a sospechar que esto no es un espejo. No existen espejos así. Comienzo a sospechar que ahí no hay nada, y que lo que yo veo en el espejo es absolutamente real. Es como si hubiera un plano que separara dos mitades simétricas del cuarto. El problema es que no puedo pasar al otro lado para comprobarlo, porque invariablemente

choco con mi imagen. No sé cómo decirlo, pero hasta temo que no sea mi imagen. ¡Temo que se trate de otro idéntico en todo a mí, que se mueve igual que yo! ¿Qué broma es ésta?»

«¿Laura? ¿Laura? ¡La superficie está caliente al tacto!»

«Laura, ¿por qué no me llamas? Estoy preocupado de verdad. He hecho miles de pruebas y no hay manera: ése repite exactamente mis movimientos. Me copia hasta el menor detalle. La única diferencia es que lo que yo hago con la mano derecha él lo repite con la izquierda. Y claro, lleva el reloj en la otra muñeca.»

«No me resisto a llamarte otra vez. Llevo cuatro horas aquí, que ya me parecen toda una vida. O quizá debería decir *llevamos*, porque es evidente que somos dos. Y hasta puede que seáis dos también vosotras. Si no, ¿a quién telefonea él en este momento? No sólo estoy convencido de que hacemos los mismos movimientos, sino también de que experimentamos las mismas sensaciones y de que quizá nos preocupan las mismas cosas. No te rías, Laura, pero estoy pensando que este “espejo” es una frontera invisible que separa dos universos perfectamente simétricos. La frontera entre el nuestro y su réplica. Ahora voy a salir para comprobar si esa frontera se prolonga en el exterior o si es sólo una diablura de esta habitación.»

«Hola. De nuevo, yo. No he salido porque no me fío. Por lo menos quedándome tengo la sensación de que el asunto no se me va de las manos, de que controlo *todos*

sus movimientos. Es como si mi réplica fuera una marioneta que muevo a placer.»

«Laura, ¿y si fuera él quien me controla a mí? ¿Y si la marioneta fuera yo? Sin embargo, me siento tan libre como siempre para hacer lo que quiero. Soy yo el que decide telefonearte y dejar todos estos mensajes. Soy yo quien decide darse la vuelta, si quiero. ¿Será posible que los dos seamos libres y al mismo tiempo los dos estemos controlados? ¡Laura, por favor, llámame en cuanto llegues!»

«¿Pero dónde te has metido, Laura? Tengo que hacer algo. Necesito desembarazarme de este sujeto. El problema es que no tengo la menor idea de cómo. He probado saliendo por la puerta y volviendo a entrar, pero claro, él ha hecho lo mismo.»

«Tiene una pistola idéntica a la mía. Trato de no pensar en mis ganas de pegarle un tiro, diciéndome que de ese modo a él tampoco se le ocurrirá pegármelo a mí. En todo caso, no tendría consecuencias, ¿verdad? Nuestros proyectiles chocarían en mitad de la habitación. Laura, llámame, esto es una auténtica pesadilla.»

«Laura, sólo hay un modo de quitármelo de encima. Sólo uno.»

A propósito de un proyecto inútil

Respetable Comisión Examinadora:

Aunque no acostumbramos a enjuiciar las decisiones de los árbitros, en el caso de nuestra solicitud de financiación del proyecto de construcción de una máquina del tiempo nos parece legítimo hacer una excepción. La Comisión objeta (objeción que juzga determinante) que nuestro proyecto «resulta interesante en el plano de la especulación lógico-filosófica» aunque «no presenta posibilidad alguna en el plano de las aplicaciones». Puesto que no compartimos el criterio de quienes hacen depender el carácter científico de un proyecto de sus posibilidades de aplicación, nos sorprende que haya sido precisamente ese criterio lo que ha determinado el rechazo de nuestra solicitud de financiación. Con franqueza, no cabe pensar en un proyecto con posibilidades de aplicación más evidentes que la construcción de una *máquina del tiempo*. Veamos algunos ejemplos:

–Incentivos de carácter turístico-cultural: organización de excursiones escolares para observar de cerca la Revolución Francesa, asistir a la construcción de las pirámides y grabar en vídeo las lecciones de Sócrates.

–Safaris paleontológicos: ya se han recibido solicitudes de batidas de caza de dinosaurios (de todos modos están extinguidos).

–Enorme ahorro de la producción de grandes películas ambientadas en épocas remotas. ¿Cuánto costó *Gladiator*?

–Análisis de los errores del pasado para evitar su repetición en el futuro.

–Solución de los grandes enigmas de la historia.

Etc., etc. ¿Conocen ustedes un proyecto más prometedor en materia de aplicación?

Atentamente,
Centro de Investigación Time Machine

Respetable Centro de Investigación Time Machine:

Sin duda sería interesante emplear una máquina del tiempo para los fines que ustedes proponen. No estaría mal, por ejemplo, regresar al pasado para conceder una beca de estudios al joven Calígula y garantizarle una carrera artística decente, capaz de distraerle de sus malvados propósitos. Sería magnífico detener todas las manos asesinas que han actuado en otros tiempos. Ahora bien, supongamos que un día, en efecto, ustedes logran construir de verdad la máquina del tiempo. Supongamos que uno de ustedes o alguien que ustedes mismos envíen se

traslada al pasado. ¿Cómo sería posible que ese pasado siguiera lleno de las brutalidades que conocemos? ¿Cómo sería posible que ustedes, estando allí, no intervinieran? Una de dos. La falta de resultados concretos demuestra o que nunca lograrán construir la máquina o que no la construirán para bien. En el primer caso es la lógica lo que aconseja no financiar el proyecto; en el segundo, es la ética.

Cordialmente,
la Comisión

Respetable Comisión:

No habrá escapado a su atención que los ejemplos citados en nuestra carta anterior no incluían ninguna aplicación susceptible de producir alteración alguna del curso natural de los acontecimientos. En efecto, nuestro proyecto parte de la hipótesis de que se puede *visitar* el pasado, pero nunca *modificarlo*: lo hecho hecho está. Esto no significa que nuestros viajeros tengan que limitarse a asistir al curso de la historia sin participar en primera persona, sino que los actos que realizarán en el pasado son exactamente los mismos que han realizado a partir de su imprevista aparición a bordo de la máquina del tiempo. Se trata de actos que *realizarán* respecto al tiempo subjetivo de su vida, pero que *han realizado* respecto al reloj objetivo de la historia. La lógica queda, pues, a salvo. Y la ética también. Si fuéramos a buscar a Calígula, jamás conseguiríamos convencerle de que se hiciera pintor. No lo conseguiríamos por la sencilla ra-

zón de que *él no fue pintor*. En cuanto a eso, nosotros no podemos hacer nada.

Les saluda cordialmente,
Centro de Investigación Time Machine

Respetable Centro de Investigación Time Machine:

Gracias por la aclaración. Apreciamos la diferencia entre modificar el pasado (imposible) y actuar en el pasado (posible). Con todo, la diferencia no hace sino confirmar nuestra impresión inicial: en el plano de la aplicación su proyecto carece de valor. Si aquel que *vaya* al pasado ya *ha estado allí*, y si lo que allí *haga* es lo que ya *ha hecho*, ¿qué objetivo tiene invertir en una máquina del tiempo?

Cordialmente,
la Comisión

El artista de joven

La carrera de Z, el gran poeta del siglo pasado que muchos consideraron el máximo representante del arte lírico contemporáneo, ha constituido hasta hoy mismo un auténtico enigma. Ni los críticos ni los historiadores han sabido explicar cómo es posible que un personaje que había pasado la adolescencia y los primeros años de la edad adulta viviendo a salto de mata cambiara de repente su estilo de vida para dedicarse a los versos que lo hicieron famoso. Nadie se explica cómo aquel Z, a quien alguien caracterizó como un tímido estudiante de contabilidad, sea el mismo cuyas composiciones se encuentran entre las más editadas de todos los tiempos. Pues bien, finalmente creemos estar en posesión de un documento de cierta importancia para solucionar el enigma. Se trata de una carta del propio Z, de autenticidad indiscutible, fechada el 8 de mayo de 1937, es decir, pocos días antes del momento que la crítica más autorizada atribuye a la primera composición del poeta. Ofre-

ce mos su contenido añadiendo sólo algunos retoques de nuestra mano.

Mi queridísima Lena:

(*Omissis*) el hombre apareció en la puerta esta mañana, al alba, cuando yo aún estaba en la cama. Supongo que lo dejó entrar la señora Lipschytz (la dueña del hotel por horas en el que residía *Z, N. del A.*). Dice llamarse (ilegible, *N. del A.*). Viste y habla de un modo raro; desde luego, no es de aquí. Asegura que viene del futuro, del siglo XXIII.

«¿Del futuro?», le pregunto mientras me abotono la camisa y me meto los pantalones. Me explica que ha viajado en una máquina del tiempo, que, al parecer, es un vehículo que te traslada años atrás o adelante como nuestros coches nos trasladan de un punto a otro en el espacio. Dice que en su mundo él es un afamado estudioso de historia de la literatura y que ha escrito muchos libros, entre ellos los que trae en la cartera. Afirma que ha dedicado veinte años de su vida a mi obra y que le honra conocerme en persona.

Le ofrezco asiento y me pongo a ordenar un poco porque él parece incómodo. «Dispense el desorden», comento. Esboza una sonrisa y continúa hablando al tiempo que comienza a inspeccionar el cuarto con la mirada. «He venido a entrevistarle –dice–. En mi época se le considera el más grande de los clásicos. Sus poemas representan un modelo de estilo y creatividad inimitables.» ¿Poemas? Continúa: «El instituto donde yo estudié lleva su nombre. Se le recuerda en las calles y las plazas de las ciudades del mundo entero. Jóvenes y vie-

jos conocen de memoria sus composiciones y las recitan conmovidos. Para mí, este encuentro representa un honor grandísimo». No consigo entender de qué habla. «Me he permitido traerle algunos estudios que he dedicado a sus obras, especialmente a las del periodo juvenil. Y traigo también un ejemplar de la edición crítica de su obra completa, que yo mismo he dirigido.»

Voy a decir algo, pero él prosigue: «Si no tiene inconveniente, me encantaría ver su biblioteca personal. Una de las grandes lagunas que lamentan tanto los críticos como los biógrafos se refiere precisamente a ese aspecto de su formación. Ahora tiene usted veinte años, ¿no es cierto? Creemos que su biblioteca juvenil se perdió. Por eso me gustaría preguntarle, si no le parece indiscreción, por sus autores preferidos y sus textos más admirados». Le enseño mis libros, pero se trata de autores que, al parecer, no le dicen nada. Veo que coge alguno, como desilusionado. «Pero tendrá usted maestros de estilo, autores que le hayan inspirado. He venido a verle para aclarar ese aspecto de su carrera. Espero no parecerle excesivamente indiscreto, pero es que los restantes medios de investigación han sido inútiles.» Le digo que la visita no me incomoda; todo lo contrario, me produce una enorme curiosidad, aunque creo que se ha equivocado de persona. Sin embargo, él abre el libro y me lee ciertas frases en las que se relatan cosas que efectivamente me sucedieron a mí y a mis hermanos hace años. Incluso me enseña fotos, y, en efecto, soy yo. Hay una en la que estoy con la camisa y los pantalones que llevo en el momento en que me habla, sentado en el escritorio, con un libro abierto delante de mí. Cuando levanto la cabeza

para preguntarle quién me hizo aquella foto, me ciega un destello. «Perdone el flash», dice, volviendo a meter en su bolsa el extraño aparato origen del resplandor.

Preparo un café mientras él se levanta y comienza a mirar alrededor, husmeando entre el desorden. «¿Le molesta que eche un vistazo a las otras habitaciones? Sabe, dispongo de muy poco tiempo y me gustaría reunir todo el material posible.» Le pido que me explique mejor la historia, pero él continúa: «He realizado un viaje muy complicado para venir a conocerlo. Si al menos pudiera mostrarme alguna anotación, algún bosquejo, algún poema de los que guarda en los cajones. No sabe la felicidad que experimentaría el público del mundo entero con cualquier material inédito». Como es evidente, sólo tengo algún apunte sin importancia, pero se lo enseño para que se quede satisfecho. Le paso incluso aquel poemilla que escribí para tu cumpleaños. Lo lee en silencio y me lo devuelve sin comentarios.

Parece que tiene prisa. Está impaciente. Luego, de pronto, se levanta y sale corriendo por la puerta sin despedirse siquiera. Extraño personaje, desde luego. El hecho es que se ha dejado la bolsa y los libros. Me he puesto a hojearlos y son bastante curiosos. Se habla de mí o de alguien que se llama como yo. Se dice que en un determinado momento comencé a escribir poemas espléndidos. He leído alguno y debo decir que son intensos y conmovedores. ¿Soy yo el autor de estos textos? ¿He compuesto esos versos?

Lena, querida, lo he pensado mucho cuando se ha ido mi visitante. Si la posteridad lo cree así, y si yo soy ése, quiere decirse que así ha sido, ¿no te parece? O mejor,

quiere decirse que así será. Si de veras he escrito todo eso, quiere decirse que lo escribiré. Aquí consta que aún me queda mucha vida; por tanto, el tiempo no me va a faltar. Ni tampoco me faltan el papel y la pluma. Lo que no acabo de entender es qué debo hacer para componer poemas tan hermosos como los que he leído en *mis* obras completas. Aquí te copio el primero, para que veas de qué hablo [...].